



Gerónimo EKIA

Curioso nombre clave que le pusieron los estadounidenses a Osama Bin Laden, quien el pasado domingo fue declarado EKIA (*enemy killed in action*) en la transmisión que Leon E. Panetta, director de la CIA, comunicaba en vivo al presidente Obama sobre la evolución del operativo militar que, en sólo cuarenta minutos, terminó con la vida del terrorista más buscado de la historia.¹

Sin duda esta noticia debió infundir al presidente Obama un doble sentimiento: satisfacción y tranquilidad. Satisfacción, por el rotundo éxito de la misión. Tranquilidad, por haber tomado una decisión que en los hechos resultó la correcta. Correcta, porque efectivamente Bin Laden se encontraba en la residencia de Abbottabad, a 60 kilómetros de Islamabad, capital de Pakistán. Correcta, porque el elemento sorpresa y la habilidad de los operadores impidió una resistencia organizada: ninguno de los comandos estadounidenses -hasta donde se tiene noticia- resultó muerto o herido. Correcta, porque la velocidad del operativo evitó un enfrentamiento con las tropas pakistaníes. La buena suerte también influye. En este capítulo estuvo del lado del presidente Obama.

El operativo también probó la capacidad política y militar del *establishment* estadounidense. El éxito fue de tal contundencia que hasta ahora no ha habido ningún reclamo oficial por parte del gobierno de Pakistán, no obstante que la presencia de tropas extranjeras realizando operaciones militares en su territorio, sin su conocimiento y ciertamente sin su autorización, constituye una violación flagrante a su soberanía.²

A la satisfacción del presidente Obama se suma el dividendo político que esto le habrá de representar en las próximas elecciones, pues ésta era una causa compartida por demócratas y republicanos, por políticos y militares, y por el hombre y mujer de la calle. Se estima que su discurso oficial sobre el anuncio de esta acción tuvo una audiencia en Estados Unidos de 58 millones de personas.

Sin embargo, vista en perspectiva, esta victoria no está exenta de matices. La invasión a Afganistán en diciembre de 2001 tuvo como principal objetivo buscar y eliminar a Al Qaeda y a su líder. De acuerdo con cifras oficiales, de 2001 a 2010 la presencia estadounidense en ese país le ha costado a su erario 336 mil millones de dólares, el equivalente a 38% del PIB mexicano en 2009.³ Al objetivo militar se sumó el objetivo político de coadyuvar a la construcción del Estado en

1 No deja de llamar la atención el nombre clave asignado a Osama Bin Laden, considerando que Gerónimo fue un jefe Apache, que como nativo de América del Norte opuso fuerte resistencia a la colonización. La comparación no parece muy afortunada.

2 Omitimos aquí el tema del debate en torno a la “legalidad” de la decisión, pues esta discusión seguramente se acotará a las facultades del presidente al interior de Estados Unidos. De acuerdo con el derecho internacional, la operación resulta a todas luces “ilegal” desde el momento en que tropas extranjeras, sin autorización del país anfitrión y sin previa declaración de guerra, realizó operativos militares de aniquilamiento en su territorio. En este caso, y debido al éxito de la misión, las razones políticas han quedado muy por encima de las jurídicas. La mejor prueba de ello es que ni siquiera el gobierno de Pakistán ha cuestionado la “legitimidad” del operativo.

3 De acuerdo con las cifras del Banco Mundial, el PIB mexicano de 2009 fue de US 874 mil millones de dólares. En el periodo 2001-2010 la cifra correspondiente a la guerra en Iraq asciende a 750 mil millones de dólares.



ese remoto y distante país para la mayor parte de los estadounidenses. Se dice ahora que una vez logrado el objetivo militar -localizar y eliminar al líder de Al Qaeda- será posible acelerar la salida de tropas estadounidenses y consecuentemente de los de los países de la coalición. A riesgo de ser simplista, podría decirse que el costo del operativo militar resultó exorbitante.

La naturaleza y magnitud de la amenaza definen la magnitud y alcance de la victoria. No obstante el indiscutible símbolo que representaba el líder de Al Qaeda como la personificación del mal y como el principal enemigo de Estados Unidos, su capacidad de daño se había reducido exponencialmente. La mayor parte de los analistas coinciden en que el asedio del que fue objeto durante una década lo obligó a vivir en total aislamiento, sin capacidad de operación y sin apariciones públicas. Se convirtió en una entelequia. Para muchos analistas, su misión la cumplió con creces en 2001. El resto del tiempo fueron sólo horas extras.

¿En qué medida la muerte y desaparición del cuerpo de Osama Bin Laden en el fondo del mar significa el abatimiento de la Yihad? La mayor parte de los expertos coinciden en que los grupos o células afines o que actúan y han actuado a imagen y semejanza de Al Qaeda, no dependían ni en su dirección ni en su operación de su liderazgo. Si la muerte del gran líder ideológico de la Yihad servirá para aumentar el número de afiliados a la causa, resulta prematuro afirmarlo.

En este contexto resulta importante identificar qué otras acciones, además de la búsqueda y eliminación de Bin Laden, se han desarrollado en los últimos diez años para aminorar el conflicto que dio origen al surgimiento de Al Qaeda. El caso de Irán muestra el radicalismo. Los eventos recientes en Túnez, Egipto, Libia, Yemen, Siria, Bahrein, etc. muestran el desgaste del modelo político autoritario, muy generalizado en el mundo árabe, aunque aún no es claro en donde está el Islam y el radicalismo islámico en esta evolución y si las políticas de occidente hacia estos países han tenido mucho, poco o nada que ver en estos procesos.

La muerte de Bin Laden es resultado de una operación militar. Sin embargo, debemos preguntarnos si detrás de la victoria militar hay también una victoria política e ideológica de Estados Unidos, del mundo occidental o de alguien más. La respuesta no parece clara. ¿Son las condiciones del 2011 muy distintas a las de 2010 para dar cabida y fortaleza ideológica a los grupos radicales islámicos? ¿Es la muerte de Bin Laden efectivamente el fin de una era o sólo un hecho de coyuntura ante la permanencia de las mismas condiciones que lo originaron? Las respuestas a estas preguntas son cruciales y no están claras.

Salvo para Bin Laden y los radicales islámicos, la noticia de la muerte del máximo líder de Al Qaeda ha resultado una gran noticia alrededor del planeta. Pero el esfuerzo de guerra ha resultado agotador para los estadounidenses por los recursos humanos, materiales y financieros invertidos. El militarismo estadounidense está en uno de sus picos históricos. ¿Servirá la buena noticia para consolidarlo y perpetuarlo o para ensanchar los márgenes de maniobra en los ámbitos diplomático, social y económico de la política exterior estadounidense? ¿Estamos realmente frente al fin de una era o exclusivamente frente a una buena noticia?